

Círculo Rojo

MAESTROS DE LA LUZ

MAESTROS DE LA LUZ



El Límite de los Sueños



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: enero 2017

© Derechos de edición reservados.

Edición: Editorial Círculo Rojo.
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com
Colección: Novela

© María Alejo Armijo

Fotografía de cubierta: © Fotolia.es
Diseño de portada: © Isabel Sánchez
Maquetación: Rubén Muñoz

ISBN: 978-84-9140-966-3

DEPÓSITO LEGAL: AL 2133-2016

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra u opiniones que el autor vierta en ella.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

IMPRESO EN ESPAÑA – UNIÓN EUROPEA

La verdad es el comienzo de todo lo bueno, tanto en el cielo como en la tierra, y aquel que quiera vivir bienaventurado y feliz debe ser desde un principio un partícipe de la verdad, pues entonces podrá tenerse confianza en él.

Platón

El mundo que se abría camino ante Jack era completamente desolador y tenebroso. Curiosamente no era desconocido para él, pues tenía la extraña sensación de haberlo visto antes. Aunque se encontraba en una oscuridad total, pudo ver que, de sus pies, comenzaba a salir una nítida luz que hizo que no sólo cerrara los ojos, sino que se los ocultara con sus delgados brazos lo más fuerte que le fue posible. Aquella luz era tan cegadora…

El resplandor fue disminuyendo poco a poco, haciendo que Jack observara por entre sus dedos lo que había a su alrededor. La luz había trazado un ancho camino sobre la oscuridad y terminaba en un gran agujero blanco aún más resplandeciente. El joven no sabía si debía acercarse para verlo o, por el contrario, dar media vuelta y perderse en esa oscuridad absoluta…

Agudizó el oído. Comenzaba a escuchar unas risas que provenían del gran círculo luminoso. Sonrió; había gente dentro que parecía estar pasándoselo bien. Avanzó lentamente por aquel camino y se colocó delante del agujero. Era extraño estar frente a él sin que le cegara. Ahora podía ver con claridad lo que escondía: jóvenes en una ciudad. No pudo determinar cuál era… Parecían bastante ocupados con lo que estaban haciendo… ¿Qué hacían exactamente?

Jack entornó los ojos para poder ver mejor. Poco a poco, la luz se estaba volviendo más fuerte y veía las figuras borrosas. Entonces sintió que una fuerte corriente de aire chocaba contra sus pies, atravesando aquel extraño círculo suspendido en la nada, aclarando su visión. Pudo ver que varios de ellos

llamaban su atención e insistían en que entrara en el círculo para ayudarles en lo que hacían…

Se encogió de hombros. ¿Por qué no hacerlo?

Capítulo I

Luces y Sombras

Jack abrió los ojos lentamente ante el nuevo resplandor que invadía su cuarto. Su padre había entrado en la habitación y estaba mirando por la ventana, mientras esperaba a que se levantara. Jack aferró bruscamente el edredón, aún estando en pleno verano, y se lo echó por encima de la cabeza intentando eliminar todo resquicio de luz posible. Como siempre, su padre lo había levantado antes de la hora. Quería volver a dormirse, quería saber lo que había tras ese agujero de luz, quería saber lo que estaban haciendo esos muchachos… Sonrió, antes de bostezar. Había sido sólo un sueño, no tenía nada de peculiar… Oyó un falso suspiro de su padre y notó cómo el edredón iba escurriéndose poco a poco por su cuerpo hasta terminar a los pies de la cama.

- ¿No crees que hace demasiado calor para dormir con el edredón? -preguntó retóricamente.

El joven tardó un poco en responder, mientras se desperezaba en la cama al mismo tiempo que volvía a bostezar.

- No, sólo me sirve para evitar que me levante temprano -contestó cansado.

- ¿Estuviste jugando mucho al fútbol ayer, Jack? Estás algo colorado.

- Bueno -sonrió burlonamente para intentar evitar una regañina cercana-, estuvimos toda la tarde bajo el sol… Es normal que me cambie el tono de la piel, papá.

- La próxima vez, échate crema –contestó, dándole un beso de buenos días en la frente antes de salir de la habitación.

Jack se incorporó de la cama, fue al baño y se miró en el espejo. La verdad es que no recordaba haber estado tan enrojecido por la noche. Se encogió de hombros; las quemaduras del sol nunca se manifestaban pronto, sino que se sentían al día siguiente. Observó atentamente su cuerpo; era extraño ver que las únicas partes quemadas eran los brazos. Por el contrario, la cara, que había estado expuesta al sol la pasada tarde, no daba señales de quemadura alguna.

- Tal vez… el sudor… –se dijo no muy seguro, tocándose el rostro.

Aunque ahora no le sirviera de mucho, siguió el consejo que le había dado su padre y cogió la crema hidratante.

Su madre lo esperaba en la cocina mientras desayunaba junto a su marido. Al ver entrar a su hijo algo quemado, se rió por lo bajo; ya le había avisado de que el sol era muy fuerte en verano y, aún más, por la tarde. Jack la miró seriamente.

- No tiene ni pizca de gracia…

- Quien avisa no es traidor, hijo -le dijo sonriente.

El joven resopló, se dirigió a la despensa, sin encender la luz, y cogió una silla para sentarse con sus padres a desayunar. Al volverse hacia ellos, se mareó e intentó fijarse mejor en lo que estaba viendo. ¿Acaso lo que había alrededor de sus padres era una luz? Se restregó fuertemente los ojos y volvió a mirar. No, no había nada. Sería la propia luz de la cocina la que lo habría cegado por momentos.

- Me estoy confundiendo yo solo -murmuró.

- Cariño, ¿estás bien? -preguntó su madre preocupada.

- Sí, sí -dijo sonriente, sentándose con ellos-. Es sólo que estoy aún dormido.

- ¿Quieres el edredón? -preguntó su padre, mientras bebía un sorbo de café.

- Muy gracioso, papá… ¿Y Jael? ¿por qué no lo habéis despertado?

- Sí que lo hemos despertado, otra cosa es que se levante.

- ¿Y yo? -preguntó algo indignado- ¿por qué me habéis hecho levantar?

- Tienes que ayudarme a llevar el coche al taller, Jack… y no –prosiguió antes de que pudiera contestarle de nuevo-, tu hermano no puede ayudarnos porque creo que aún no tiene la edad suficiente…

- Pero…

Su madre se aclaró la garganta suavemente, logrando llamar su atención.

- ¿Por qué no vas a llamarlo de nuevo, Jack?

El joven se levantó de mala gana del asiento, ignorando las risas que oía a sus espaldas, y atravesó el pasillo hasta llegar a la habitación de su hermano Jael. Estaba a oscuras y para su sorpresa volvió a ver aquellos haces de luz. Movió rápidamente la cabeza mientras se restregaba los ojos aún legañosos. Cuando volvió a mirar, las luces seguían allí, pero no les prestó tanta atención como antes, pues había salido de una habitación completamente iluminada y creyó que era normal encontrar ciertos destellos en la visión…

Miró a su hermano que había hecho la misma técnica que él y había tenido un mejor resultado. Suspiró algo molesto pensando en la mañana que iba a pasar arreglando el coche, mientras que su hermano disfrutaba de las vacaciones.

- Vamos, Jael –comenzó, mientras se dirigía a la ventana y subía la persiana para que entrara la luz- es hora de levantarse.

Miró a través del cristal: hacía un día bastante soleado… ¡como para pasarlo en un taller oscuro y aceitoso! Desvió la mirada hacia la cama de su hermano. Parecía que no lo había oído, pues seguía debajo del edredón. Para su sorpresa, los destellos de luz habían desaparecido por completo. Frunció el ceño; aún había algún resquicio oscuro al lado de Jael aunque había subido por completo la persiana. El sol entró todavía más al levantar la delgada cortina blanca, pero aquellas sombras no desaparecían y comenzaban a moverse de una forma extraña. Jack las observó, confundido.

- Jael, es mejor que te levantes ahora -le pidió, encendiendo la luz del cuarto, la cual no hizo mucho efecto.

- ¿Eh? -gruñó su hermano entre las sábanas-. No hay clase, Jack. Déjame descansar.

El joven se volvió a frotar los ojos, creyendo que desaparecerían las extrañas sombras, pero no fue así. Cada vez había más y se movían con gran rapidez. Jack retrocedió hasta chocar con la pared.

- ¡Mamá! -gritó.

Jael se destapó de inmediato al oír gritar a su hermano. No tenía por qué comportarse así. Si él quería pasar más tiempo durmiendo, debía respetarlo. Miró a Jack que parecía asustado.

- ¿Qué buscas? –preguntó, mirando a su alrededor.

Sus padres entraron en la habitación.

- ¿Qué pasa? -preguntó su madre. Al ver que la habitación estaba iluminada, apagó la luz y miró a Jack que permanecía inmóvil-. Cariño, ¿estás bien? -volvió a preguntar, pasando la mano delante de su cara.

- ¿Eh, qué? –dudó, volviendo a pestañear.

- ¿Qué ha pasado? –preguntó su padre.

El joven miró detenidamente la habitación de Jael. Las sombras habían desaparecido. Se restregó los ojos una vez más.

Debía de tener la vista cansada… Se había obsesionado tanto con aquellos destellos que ahora veía cualquier cosa en cualquier parte. Mejor no contarlo, no quería que se rieran de él… Sonrió abiertamente.

- Nada. Jael no se levantaba y creí que llamándoos lo conseguiría, y así ha sido –concluyó, encogiéndose de hombros y saliendo de la habitación.

Se sentía algo mareado. Su madre lo agarró por el brazo.

- ¿Seguro que estás bien? ¿Quieres contarme algo?

- ¡No te preocupes, mamá! Está todo bien, sólo estoy algo cansado, nada más -volvió a sonreír-. Me acabo el desayuno y me voy con papá a arreglar el coche.

Se dio la vuelta y se dirigió a la cocina. ¿Era real lo que había visto? ¿Qué eran aquellas sombras?... Se bebió el vaso de leche y lo dejó en el fregadero. Cualquier cosa podía haber proyectado esas sombras… A lo mejor había sido el tráfico de la mañana, la carretera pasaba muy cerca de la ventana de su hermano. Respiró profundamente. Él nunca había tenido problemas en la vista, ¿y si necesitara gafas?

- Cariño, ¿me debo preocupar? -volvió a preguntar su madre.

- ¿Eh? ¡Oh, no! -mintió forzadamente-. Ha sido sólo una broma…

- Pues ha sido una broma de muy mal gusto, Jack -contestó Jael enfadado mientras se preparaba el desayuno.

- Será… será mejor que me cambie para ayudar a papá.

Su madre se cruzó de brazos, mientras veía a su hijo traspasar el umbral de la cocina y dirigirse a su habitación. Sabía que le estaba ocultando algo. Miró a Jael para enterarse de lo que había pasado antes, pero éste se encogió de hombros. No había visto nada en su cuarto…

Antes de irse con su padre al taller, Jack cogió las gafas de sol para evitar que aquellas luces le obsesionaran demasiado y no ver aquellas sombras o, por lo menos, no prestarles tanta atención. Tras un trayecto, en un silencio sepulcral, llegaron a su destino. El joven puso cara de asco al ver el aspecto del taller aquella mañana: estaba más sucio de lo que se había imaginado.

- Ya te puedes quitar las gafas de sol, Jack. Aquí no las necesitas -aconsejó su padre, antes de bajar del coche.

Lo siguió con la mirada, mientras se dirigía hacia el jefe del taller. Tenía un aspecto bastante descuidado: era de estatura media y con el pelo rapado casi al cero. Dio un respingo en el asiento al ver cómo el aceite del motor caía al suelo al estrecharse las manos. Se colocó las gafas en la cabeza y salió del coche, refunfuñando.

- ¿Aprovechando los primeros rayos de sol, amigo? -le preguntó el jefe, al verle los brazos quemados.

Jack sonrió forzadamente.

- Este es mi hijo, Hervé: Jack.

- Encantado –dijo, tendiéndole la mano grasienta. Jack pensó si estrechársela o no; sin embargo, debía hacerlo por educación. Hervé quitó la mano al verle las intenciones, riéndose-. No voy a hacerte lo mismo que a tu padre, Jack. Él ha caído, pero, tú… parece que eres un tipo listo.

El joven volvió a sonreír de forma forzada, mientras la retiraba. Hervé rompió a reír y le estrechó la mano con decisión.

- ¡Era broma! -se despegó de Jack y se dirigió al coche de su cliente-. Éste es el privilegiado que caerá en mis manos, ¿no?

Jack se miró la mano asqueado: temía que hubiera algo más que aceite o grasa de motor en ese mejunje que se estaba desplazando hacia el codo.

- ¿Importa que me vaya… a…? –preguntó, señalándose la mano aceitosa.

- ¡Claro que no, hijo!

- Pasa la hilera de coches y llegarás a una pequeña caseta. Allí hay una pila. Aunque posiblemente necesites algo más que agua para quitarte eso…

Tanto su padre como Hervé rieron fuertemente mientras echaban un vistazo al motor.

Sabía que a su padre le encantaban los coches y todo aquello que tuviera que ver con la mecánica, pero el día no se estaba desarrollando exactamente como Jack lo había planeado. Comenzó a caminar hacia donde se le había indicado y observó a los mecánicos cómo trabajaban en los motores de los coches. Volvió a poner cara de asco. Estaban tan ensimismados en su trabajo que parecían no darse cuenta de lo sucios que estaban. Siguió caminando hasta llegar al lugar que le había indicado Hervé. No era tan grande como se lo había imaginado. Más bien le recordaba a una pequeña nave abandonada. Miró hacia atrás, ¿estaba seguro su padre de las manos que estaban examinando su coche? Meneó la cabeza suavemente. Cuanto antes se quitara aquella "baba" de la mano, antes volvería a casa.

Miró por las sucias ventanas de la caseta. No había ninguna luz en el interior. Quizá no había nadie dentro. Llamó a la puerta suavemente antes de entrar. Las luces que alumbraban el taller, no eran lo suficientemente potentes para alumbrar ni un tercio de la estancia. Tanteó a oscuras el interruptor y encendió una tenue luz que bañaba, intermitentemente, la habitación. Jack miró a su alrededor, ¿dónde había dicho que estaba esa pila? Era como una especie de almacén, pero ni rastro del agua. Enfrente de la puerta de entrada y a una distancia de unos seis o siete metros, había otra sala. Podía ser que allí estuviera la dichosa pila. Se rascó la mano aceitosa. Le empezaba a picar.

- Será mejor que me lo quite cuanto antes, no creo que esto sea bueno para las quemaduras…

Observó el almacén mientras caminaba hacia la puerta. Había muchas zonas que quedaban sumidas en la penumbra, pues la luz de la bombilla, que habían colocado en la lámpara, no era lo suficientemente potente. En todo momento se oía un crujir metálico. Jack la miró, no dejaba de balancearse haciendo que irradiara luz sólo a unas zonas. Se extrañó que la mayoría de los estantes del almacén estuviesen vacíos. Llegó a la puerta y le dio a un interruptor, haciendo que se encendiera una pequeña luz que estaba colocada encima de un espejo. El joven sonrió. Allí estaba: la pila. Abrió el grifo y comenzó a salir un agua turbia.

- Esto ya es el colmo… -murmuró, dándole fuertes golpes hasta conseguir un agua más clara.

Colocó el brazo debajo de ella y empezó a quitarse la viscosidad de la mano. La verdad es que costaba trabajo, pero, poco a poco, se iba yendo. De repente, el crujir de la lámpara pasó a ser más fuerte hasta terminar destrozada en el suelo del almacén, haciendo que la oscuridad se apoderara por completo de aquella zona. Jack cerró el grifo, mirando a sus espaldas. Habían vuelto a aparecer los destellos de luz por todo el almacén. Retrocedió hasta chocar contra la pared. Aquello ya no era normal. La sala no había estado tan iluminada como para causar eso en su vista. La bombilla del espejo empezó a parpadear débilmente. Jack intentó enroscarla con más fuerza, pero acabó fundiéndose en la mano. Intentó mantener la calma, al menos había algo de luz fuera, en el taller.

- Esto no tiene que ser bueno…

Aunque en realidad no podía ver nada, sólo los haces de luz, podía distinguir al lado de éstos, las mismas sombras que habían estado rondando en la habitación de Jael. Se restregó los ojos, le comenzaban a doler. Tenía que irse de allí, ya. Salió decidido de la sala del espejo y, cabizbajo, comenzó a andar por el almacén, guiado por la luz del taller, hacia la puerta.

Aquello no podía ser nada, simplemente una mala jugada de su mente. Podía no haber descansado bien por la noche, o se habría pasado mucho tiempo jugando al fútbol bajo el sol y eso podía haberle hecho mella durante varios días. Aceleró el paso sin levantar la cabeza. Había escuchado un ruido detrás de él. De repente, vio una luz circular que lo cegaba más que las otras. Cayó de bruces al suelo mientras se protegía de ella.

- ¿Qué haces aquí? -preguntó seriamente un hombre con una linterna.

- ¿Quién, yo? -preguntó Jack, intentando enfocar la vista.

- No, el que está detrás -hizo una pausa- ¡¡Pues claro que tú!! ¿Quién te ha dado permiso para entrar?

El hombre dejó de enfocar al muchacho y se alumbró el rostro. No estaba tan sucio como los demás empleados del taller. Jack observó detenidamente sus ojos… irradiaban una extraña luz.

- ¿Y bien?

El joven se levantó sacudiéndose los pantalones.

- Hervé dijo que aquí podía limpiarme el aceite, pero se ha fundido la luz y…

- ¿Y?

- He querido salir rápido. Eso es todo.

El hombre se apartó de la puerta y le invitó a salir. Jack salió sin rechistar de allí y regresó por la hilera de coches. Parecía que nadie se había dado cuenta del accidente, salvo aquel hombre. Se volvió para mirar al cobertizo… ¿La luz había vuelto de nuevo? Se encogió de hombros reanudando la marcha; por el aspecto del taller, estarían al corriente de todos los fallos que tuviera.

Vio a su padre que aún estaba hablando con Hervé delante del coche. Pensó en la linterna al ver que había más luces alre-

dedor de ellos. Se frotó los ojos y preguntó cuánto le quedaba al coche. No quería quedarse más tiempo allí.

- ¿Para cuándo lo tendrías listo, Hervé? -preguntó su padre al ver el ánimo que traía su hijo.

- Podéis pasaros mañana por la mañana. Si hubiera algún problema, le llamo y ya concretamos.

- De acuerdo, gracias -contestó sonriente-. Vamos, hijo.

El joven se colocó las gafas de sol mientras seguía a su padre. Jack echó una última mirada al taller. El hombre con el que se había topado en la caseta estaba hablando seriamente con Hervé, enseñándole la lámpara rota.

- ¡Vamos, Jack!

Salió corriendo de allí para alcanzar a su padre. ¿Se habrían enfadado por lo que había pasado? Él no tenía la culpa de que la lámpara se cayera y se rompiera. Ya estaba suelta.

El sol estaba en su punto más alto y había bastante movimiento en las calles. Para sorpresa de Jack, aquella luminosidad no le hacía ver los extraños destellos de antes; por el contrario, las gafas le estaban molestando. Observó a su alrededor: la mayoría de las personas que paseaban llevaban gafas de sol, pero él no las necesitaba.

- Has tardado mucho, Jack, ¿ha pasado algo?

- No, nada. Sólo que no encontraba el interruptor… Además, la luz no era muy fuerte y he tenido que andar muy, pero que muy despacio -hizo una pausa-. Papá, ¿te gusta ese taller?

- Para nada -contestó seriamente-, pero es el único que hay en la zona. Tardarán bastante en abrir otro.

Jack sonrió satisfecho, esperaba contarle a su padre su impresión acerca del taller, pero al parecer tenía la misma que él. Aquello era de todo menos un taller, por no hablar del extraño almacén. No había nada en las estanterías y apenas estaba

iluminado. ¿No hubiera sido mejor quitarlo de en medio y colocar algo más rentable?

- Papá, ¿has visto destellos alguna vez?

Su padre lo miró algo sorprendido.

- ¿Destellos?

- Sí, como cuando te ciega un flash o estás mirando fijamente a una luz… Cuando desvías la mirada, ¿no ves como destellos, puntos blancos?

- A veces, pero eso es normal.

- Ya… Pero, yo llevo todo el día viéndolos…

- ¿Te has lavado la cara? -preguntó divertido-. A lo mejor te has dejado alguna legaña por alguna parte…

- Muy gracioso, papá –contestó, riéndose.

- No te preocupes -le cogió por los hombros-. A veces la mente nos juega malas pasadas, puede que por cansancio o por pura obsesión, y hace que veamos cosas donde no las hay.

Resopló. Por mucho que le dijera, su nerviosismo no iba a calmarse, pues había vuelto a ver aquellos haces de luz y sombras. Fácilmente podría tratarse de una mera obsesión. Una obsesión que hacía que se pusiera muy nervioso. Las luces hacían que fijara aún más la vista en ellas y, al mismo tiempo, le impedían mantenerla sin que se dañara la visión. Caminó cabizbajo y en silencio durante todo el camino. Debía tranquilizarse. No era nada, simplemente que el día anterior lo había pasado jugando al fútbol y estaba cansado…

Cuando llegaron a casa, les esperaba una grata sorpresa. Sus tíos, Dilcia y su marido Gino, habían decidido pasar el día con ellos. A Jael le gustaban las visitas de su tía, siempre estaba alegre y nunca perdía la sonrisa ante nada, al igual que su tío Gino.

- ¿Por qué habéis decidido venir ahora? -preguntó Jael, mientras abría el regalo que le habían traído.

Su madre lo fulminó con la mirada, mientras que Dilcia se reía fuertemente.

- Ya era hora de que os hiciésemos una visita. Hace mucho que no os veíamos… ¿Dónde están los demás, Dill?

- ¡Oh! Estarán a punto… -comenzó a decir cuando se escuchó el crujir de la puerta de entrada. Sonrió- de llegar.

Jack se adentró rápidamente en el salón al oír el gentío. Sonrió: Jael no era el único al que le gustaban las visitas de sus tíos.

- ¡Cielo santo! ¡Mírate, Jack! ¡Estás enorme! -exclamó jubilosa su tía, abrazándole.

El joven se limitó a sonreír. Hacía años que no veía a su tía Dilcia. Desde la última vez que se vieron, le había crecido tanto el pelo que le caía en cascada por su espalda formando unos perfectos tirabuzones marrones que contrastaban con el verde intenso de sus ojos.

- Dijo la que mejora al paso de los años –se burló Jack.

- ¡Qué bien educado lo tienes, hermana! -exclamó divertida.

Tras separarse de su tía, Jack saludó a su tío Gino, que no fue tan efusivo. Se estremeció al abrazarlo. Detrás de él, volvía a ver un haz de luz acompañado por una gran sombra. Cerró los ojos fuertemente, ¿acaso aquello no iba a parar nunca?

- ¿Te encuentras bien, Jack? -preguntó Gino al notar su tensión.

- ¡Oh, sí! Es sólo que me alegro de veros. Hace "mil" que no sé nada de vosotros -concluyó, sentándose.

Dilcia miró a Dill algo extrañada, pero su hermana se encogió de hombros.

- Ayer se pasó toda la tarde al sol jugando al fútbol.

Su tía rió fuertemente.

- ¡Ahora entiendo las quemaduras de tus brazos!

Jack sonrió. Se había olvidado por completo de aquello y, al pensar en ello, los brazos comenzaron a picarle. Había estado tan obsesionado toda la mañana con las dichosas sombras y luces, que se había olvidado de lo que era más importante: sus quemaduras.

- ¡Oh, mira qué bonito! -gritó Jael para llamar la atención de su familia.

Por fin había logrado abrir el regalo que le habían traído sus tíos. Era un pequeño llavero con un cristal transparente. El joven se levantó y lo colocó en la ventana haciendo que la luz lo atravesara y se esparciera por toda la habitación.

- ¿Cómo es posible que haga eso un simple cristal? -preguntó su padre.

- La tecnología de hoy en día puede llegar a sorprender, Adam -contestó Gino-. Eso me recuerda…-miró a su mujer que ya estaba buscando en lo más profundo de su bolso para sacar el regalo de Jack.

Dilcia sacó una pequeña caja envuelta en papel plateado y con una pegatina donde se podía leer: *Espero que te guste*.

- No creas que nos habíamos olvidado de ti, querido Jack -dijo jubilosa.

Jack tardó menos en abrir el regalo que Jael. Para su sorpresa, era lo mismo que le habían traído a su hermano. Sonrió satisfecho, pues sabía que su tía nunca repetía regalos, pero, en ese caso, al ver el llavero "luminoso" de Jael, Jack había pedido que, por una sola vez, le hubiera comprado lo mismo; y así había sido. Lo observó detenidamente: ¡era magnífico! La luz lo atravesaba y se proyectaba por toda la habitación. La única diferencia con el de su hermano era que el de Jael tenía la superficie completamente lisa y pura, en cambio, el suyo tenía más rugosidades y alguna que otra mancha en el cristal.

- ¿Qué se dice, Jack? -preguntó su padre.

- ¿Eh?... ¡Muchas gracias! -exclamó.

Se había quedado tan ensimismado viendo la luz que emanaba del cristal que había perdido la noción del tiempo y del espacio. Guardó el llavero en la caja y se unió a la conversación familiar.

- Entonces, ¿vais a estar aquí mucho tiempo?

- Ya sabes que somos demasiado andariegos, Jack -contestó Gino-. No nos quedamos mucho tiempo en un sitio, pero tu tía ha querido hacer una excepción aquí.

Dilcia sonrió ampliamente.

- Quería pasar algún tiempo cerca de la familia, eso es todo. De todas formas -se apresuró a decir al ver la cara de Jael-, no nos quedaremos mucho, sólo una semana o dos como máximo, estamos hospedados en el hotel de las afueras. Así que… - miró a Jack- cuando quieras venir a vernos, ¡no tienes más que coger el coche!

- No sé conducir aún, tía.

Ésta lanzó un grito ahogado y miró a su cuñado.

- ¿Aún no sabe conducir?

- No, todavía no. Ha cogido algunas veces el coche, pero aún no se suelta.

- Bueno -interrumpió Gino-, siempre puedes pedirle a tu padre que te lleve.

- Acaban de llevar el coche al taller -contestó Jael-. Puede que tardemos un poco en ir.

- ¿Qué taller?-preguntó su tía intrigada.

La mañana transcurrió más normal de lo que había comenzado para Jack. La presencia de sus tíos le había hecho olvidar por completo aquellas luces y sombras. Al acercarse la hora de comer, había demasiado ajetreo en la casa como para mantenerse al margen: Jack y Jael se ofrecieron a poner la mesa mientras que Gino le explicaba a Adam cómo funcionaba aquel extraño llavero:

- ¿Cuánto tardarían en hacerlo? –preguntó-. Es decir, una cosa tan precisa no se podía haber hecho con una máquina, ¿no?

Jack se rió entre dientes mientras doblaba la servilleta. Su padre aún no se había adaptado a la nueva tecnología y no sabía lo que ésta era capaz de hacer. Jael se dirigió a la cocina en busca de los cubiertos. Allí, Dilcia y su madre hablaban con la mayor tranquilidad.

- ¿Aún no ha pasado nada? -preguntó Dilcia.

Dill sonrió levemente.

- Que yo sepa no, aunque no creo que tarde mucho en pasar -contestó dudosa-. De todas formas, me alegro que estés aquí. Necesitaba ayuda… -desvió la mirada disimuladamente hacia Jael que, hasta que no hubo cogido los cubiertos, no había notado su presencia- ¡No puedo con la cocina yo sola! -exclamó sonriendo.

Dilcia se rió. Sabía perfectamente a lo que se estaba refiriendo.

La comida transcurrió rápida e hizo que la tarde se echara encima a la misma velocidad. Tras un pequeño café en el salón y retirada parcialmente la mesa del comedor, Gino y Dilcia decidieron marcharse a descansar ya que, tras un largo viaje, aún no habían deshecho las maletas.

- Me encantan sus visitas -comentó Jael mientras despedía el coche de sus tíos con la mano.

- Por lo menos van a quedarse más tiempo que la otra vez -dijo Jack.

- Por cierto, Jack -inquirió su madre tras cerrar la puerta- ¿Estás mejor? Esta mañana no te encontrabas del todo bien –dijo, tocándole la frente. Frunció el ceño-. Estás ardiendo y no es por las quemaduras del sol.

El simple hecho de que su madre le hubiera recordado que esta mañana estaba raro, hizo que le invadiese la extraña sensación que había sentido durante todo el día, extendiéndose rápidamente por todos sus miembros.

- Estoy bien -contestó, intentando no parecer nervioso.

- ¿Seguro? -preguntó su padre- Has estado algo distante durante la comida.

- Sí, simplemente estoy falto de sueño, nada más… -no podía soportar aquel interrogatorio, siempre preguntando lo mismo y mintiendo a conciencia-. Voy a arreglar mi cuarto. Hace bastante tiempo que no lo hago.

Dill y Adam intercambiaron una mirada preocupados: a Jack le pasaba algo y no estaba por la labor de mencionarlo.

El joven respiró profundamente, tenía que aclarar sus pensamientos. Entró en su habitación y entornó la puerta. Se abalanzó contra la cama y cayó en el esponjoso edredón. Con la visita de sus tíos, se había olvidado por completo de su estancia en el taller y de las extrañas luces y sombras que habían rodeado por la mañana a su hermano. Cerró los ojos, nervioso, y volvió a ver aquellos haces de luz. Realmente, no tenía nada que ver con la luz normal. Intentó concentrarse en las luces que se movían en la oscuridad de sus párpados. No eran unas luces que se pudieran identificar tras un flash o cualquier luz que se hubiera dirigido directamente a los ojos. Al contrario de lo que hubieran hecho si se tratara de esto, aquellos destellos no mitigaban su fuerza, sino que cada vez se iban haciendo más fuertes, tan fuertes que Jack tuvo que abrir los ojos, exaltado.

Aún con la respiración bastante acelerada, se sentó en la cama y miró el paisaje que le ofrecía la ventana. La luz del día iba llegando a su fin y los vecinos de su zona ya se estaban recogiendo, en sus casas, para cenar. Se restregó los ojos fuertemente. Tras aquel destello de luz, no había visto ninguna

sombra, ni una luz más. Miró a su alrededor y se concentró en buscarlos, pero parecía que la pesadilla había terminado. Jack respiró más tranquilo. Aunque no sabía lo que había ocurrido, estaba seguro de que había pasado todo.

Su madre entró en la habitación tras llamar a la puerta. Estaba preocupada.

- ¿Seguro que estás bien? ¿No ibas a arreglar el cuarto? -preguntó al verle sentado.

- Sí, ahora iba a hacerlo –contestó, levantándose rápidamente de la cama, con una mueca de dolor por las quemaduras.

Dill se acercó a él. Le cogió la cara y le miró a los ojos.

- Cariño, ¿has llorado?

- ¿Quién, yo? -preguntó sorprendido- No, ¿por?

- Tienes los ojos rojos…

El joven notó cómo su respiración se agitaba y se descontrolaba por completo. Separándose de su madre, se dirigió al espejo más cercano a su cuarto. Su madre se había debido confundir. Jack escrutó su rostro. Si él no había llorado, ¿por qué tenía los ojos rojos como si lo hubiera hecho? Parpadeó lentamente; le escocían bastante y le dolían los párpados. Pensó en la luz que le había cegado minutos antes… ¿Podría…?

La mujer se acercó a él dulcemente cogiéndole por los hombros en señal de protección.

- ¿Qué pasa, Jack?

- No lo sé, mamá… -contestó asustado, sin dejar de tocarse el contorno de los ojos. Estaban completamente quemados.

- Yo creo que sí lo sabes, Jack. -le dijo con seriedad. Notó que su hijo desviaba la mirada hacia ella- Mira al espejo, ¿qué es lo que ves?

Jack la miró sorprendido.

- ¿Que qué es lo que veo?

Dill asintió lentamente sin quitar las manos de los hombros de su hijo.

El joven se miró al espejo, ¿qué era lo que su madre quería que viera? Estaban ellos solos ante el espejo. Agudizó la visión al notar un ligero movimiento de luz en su cuarto que no provenía de ninguna ventana, ni de ninguna lámpara. Aquello no le era desconocido. Retrocedió ligeramente, chocando con su madre que no dejaba de mirarle a través del espejo.

- ¿Qué es lo que ves? –insistió.

Jack se quedó callado. ¿Acaso su madre sabía algo sobre esas luces?

- Cariño, has tenido que ver algo más que nosotros para asustarte de esa forma.

- Mamá… -tragó saliva- no me vas a creer, pero es la pura verdad -dio media vuelta para mirarla cara a cara-. Desde que me he levantado no dejo de ver una serie de destellos por todas partes. No hacen más que aparecer aunque cierre los ojos… Estoy al borde de perder los nervios.

Ante esta confesión, Jack creía que la reacción de su madre iba a ser distinta de la que se encontró realmente. Dill sonrió y le acarició con suavidad el rostro, haciendo que su hijo se encogiera de dolor por las quemaduras.

- Sabía que era eso lo que te pasaba, Jack -su hijo la miró desconcertado-. Ven, vamos a hablar.

Su madre lo acompañó de vuelta a su cuarto, invitándole a sentarse en la cama mientras que ella entrecerraba la puerta y cogía una silla para sentarse a su lado, dispuesta a iniciar una conversación. Jack estaba algo confuso. Eso sí que no se lo esperaba, ¿su madre sabía algo de todo aquello?

- Cariño, te voy a hacer una pregunta que te va a parecer muy sencilla pero piénsala un poco, antes de responderla, ¿de acuerdo?

Su hijo asintió asustado, no por la pregunta que iba a hacerle su madre, sino porque alrededor de ella volvía a ver aquellas luces, esta vez, un poco más brillantes que antes.

- ¿Qué es una luz, Jack?

- ¿Qué? -preguntó con el ceño fruncido.

- Piénsalo. ¿Qué es una luz?

- No sé, algo que ilumina, ¿no?

Dill sonrió.

- No vas muy mal encaminado. La Luz, como tú has dicho, es algo que ilumina, en la Oscuridad. Esos haces de luz o destellos, tal y como tú los llamas, tienen que ver con esto.

- Pero, cuando yo veo las luces, no siempre es en un lugar oscuro…

- Aquí no, Jack. Pero hay un lugar en el que la Oscuridad está reinando y hay unas cuantas luces que se enfrentan constantemente a ella -hizo una pausa-. Tú eres una de ellas, hijo.

Jack la miró con miedo. Nada de lo que decía tenía sentido.

- Mamá, creo que estás un poco cansada. Yo soy tu hijo, no una luz.

- Jack -el tono de voz de Dill había cambiado por completo-, yo también soy una luz. No una luz como tú te imaginas, ¡no es una bombilla! -exclamó un tanto irónica, viendo que su hijo la estaba tomando por loca-. Es algo bastante más fuerte. La Luz de la que hablo tiene tanta fuerza que hasta puede quemar –puntualizó, mirando sus brazos-. Una Luz que te ciega –continuó, acariciándole suavemente el contorno de los ojos-. Una Luz que te aleja de la Oscuridad. Una Luz que te necesita.

El joven guardó silencio. La conversación había adoptado un tono serio. Aquello no parecía tan fuera de lugar como antes. Se miró los brazos y recordó las quemaduras de sus ojos. Las dos cosas habían ocurrido cuando dormía o tenía los ojos cerrados. ¿Las luces le habían hecho eso?

- Es el momento de que comprendas, Jack. El mundo en el que vivimos es grande y complejo, pero no es a este mundo al que debes temerle, sino al mundo de la Oscuridad. Al mundo en el que te introduces siempre que cierras los ojos y caes en un sueño profundo. Ese mundo está continuamente en lucha, entre dos clases de maestros: los de la oscuridad y los de la luz. ¿Cuánto tiempo llevan luchando? No lo sé. Lo que sí te puedo asegurar es que cada maestro de la luz tiene su correspondencia en el mundo real.

- ¿Correspondencia?

- Hay personas por todo el mundo que son maestros de la luz o de la oscuridad en sueños.

- ¿Y cómo se puede saber cuales son cada uno?

- ¿Sólo has visto haces de luz, Jack?, ¿o también has visto masas de oscuridad? -su hijo asintió rápidamente-. Hay una primera etapa en la que el joven maestro, ya sea de luz u oscuridad, observa haces de luz y sombras en la realidad, y que son expresiones de los enfrentamientos entre los diferentes maestros en el mundo de los sueños.

- ¿Cómo que el joven maestro de la luz u oscuridad? Tú has dicho que yo soy un maestro de la luz, ¿por qué no podría ser un maestro de la oscuridad? Es sólo un suponer, claro está -comentó Jack, viendo lo seria que se había puesto.

- Cada maestro tiene un protector diferente. Éste es el que lo orienta en su formación. En un principio, el maestro no tiene bien definido si su destino es la Luz o la Oscuridad, es el protector el que le enseña a descubrir de qué bando forma parte.

Jack se quedó callado, aquello no tenía ningún sentido. Su madre debería de estar muy cansada para decir esas tonterías o… Jack sonrió, aquello olía a broma. Seguro que sus tíos estaban detrás de todo.

- Jack -dijo Dill, rompiendo el silencio-, la Oscuridad es el mal -le cogió las manos. El contacto con su piel hizo que el joven se estremeciera-. Debes de hacer todo lo posible por alejarte de ella. No puedes dejar que te confundan esta noche. Ser un maestro de la luz puede parecerte como una maldición, pero no es así. Es lo único que puede impedir que el mundo se derrumbe y quede envuelto en la Oscuridad total.

- Mamá…

- No estás muy convencido, ¿no? -preguntó su madre sonriente.

Jack negó despacio. Aunque su madre parecía que estaba segura de lo que decía, él no podía creer algo así. ¿Una lucha entre los maestros de la luz y de la oscuridad en sueños? ¿De verdad que la comida no tenía ninguna sustancia alucinógena?

Adam llamó a la puerta de la habitación de Jack antes de entrar.

- ¿Pasa algo?

- Mamá y yo estábamos hablando de…

El joven notó que su madre le apretaba fuertemente las manos para impedir que dijera algo. La miró a los ojos. Algo le decía que la conversación era privada y que ni su padre podía enterarse de aquello.

- ¿De qué?

- De las quemaduras que tiene, querido –dijo, levantándose de la silla y cambiando radicalmente la expresión de su rostro.

- Traeré alguna crema para que te la pongas -propuso, saliendo de su cuarto.

- Mamá, ¿por qué…?

- No puedes contarle esto a nadie, Jack. No sabes quién es un maestro de la luz o de la oscuridad, hijo.

- ¿Pero, tú…? ¿Por qué me has contado esto, mamá? Es decir, si yo no debo hablar con nadie, ¿por qué me cuentas esto?